

LEÓN XIII Y EL ESCOLASTICISMO

Era hacia el año 1879. Amargado íntimamente, cautivo de la espontaneidad de su genio y de la impetuosidad de su celo, un hombre, cuyo corazón se abría inmenso como la tierra que contemplaba entristecido, de inteligencia clara como la luz de sus ojos, era presa de un pensamiento. Ese pensamiento, como todo pensamiento genial, debía tener su fragua en el dolor: por eso pesaba sobre él un dolor intenso. Aquel hombre era León XIII, que en su gabinete de estudio del Vaticano veía, como fruto legítimo de las revoluciones pasadas, las indecisiones y aberraciones más torpes en las inteligencias de los pueblos.

El materialismo, divinizando, por decirlo así, la materia y parodiando un panteísmo necio, amallaba los hombres, que, afeminados por la época de desenfreno en las pasiones, eran acosados, en substitución de un anhelo puro de la investigación de las causas metafísicas, por una curiosidad pueril de fuegos fátuos; que todavía como triste herencia pesa sobre las generaciones contemporáneas. En frente de él, como en frente de toda exageración, levantaba trincheras el idealismo, vallando la ciencia humana con la muralla estrecha de la conciencia propia. Y lo que más era, la filosofía cristiana pasaba por un período de prueba; y las grandes lumbreras de la Escolástica, veladas con el polvo de la revolución en las ideas, recogían sus esplendores en los rincones de las bibliotecas. Se discutían en las Universidades las cuestiones trascendentales de la verdad, y se olvidaba en los Liceos que el Sol de Aquino echó haces de luz sobre ella; se revolvían en los Liceos las nociones de causalidad, y surgían las hipótesis arbitrarias de los positivistas, al par que las obras monumentales del Filósofo español de la Metafísica eran desconocidas para esos hombres que se preciaban de intelectuales; se planteaban los problemas vitales, y, envanecidos los espíritus con los descubrimientos de las ciencias positivas, se cegaban para interpretarlos en defensa de sus teorías evolucionistas; y con sarcástica sonrisa se pronunciaban los nombres de los que fueron las glorias más pura del pensamiento humano. Los preclarísimos ingenios de Balmes en España, Liberatore y Tongior-

gi en Italia, Kleutgen en Alemania... eran sólo como luz de relámpagos en esa noche tempestuosa.

Forzoso era pues que aquel Papa que llevaba inscrito en su escudo *Lumen in coelo*, Luz del cielo, se acongojara tan inmensamente al contemplar las nieblas que se cernían sobre la humanidad; y sintiendo así bullir en el silencio de su recogimiento el espíritu de Dios, que es «espíritu de sabiduría y entendimiento», fruto de aquella congoja y de esta sabiduría, concibiera en la magnanimidad de su celo aquel plan de campaña que tantas veces había salvado a la Iglesia de Jesucristo; y lanzara el reto de guerra a los herejes modernos y la convocación a las armas a los filósofos cristianos con su célebre encíclica *Aeterni Patris*. Con el iris que disipa la tormenta, como el sol que rompe la inercia de la noche, como el suelo patrio que se espera tras larga navegación, la Encíclica del Pontífice llenó los ánimos de alegría y vítores de fiestas se oyeron por doquier. Himnos eucarísticos resonaban en los templos, actos literarios, filosóficos y teológicos se tenían en las Universidades Pontificias, en los Seminarios e Institutos Religiosos de enseñanza; y todos los sabios católicos vislumbraban un nuevo porvenir para la Iglesia. Y no era menos de esperar.

«El Unigénito del Eterno Padre (comenzaba con exordio solemne la hermosa encíclica) que para salvar e iluminar a los hombres se dejó ver en la tierra, sobre manera espléndido y maravilloso beneficio confirió al mundo, cuando antes de ascender a los cielos mandó a sus Apóstoles que fuesen y enseñasen a todas las gentes; constituyendo con ésto el supremo y universal Magisterio de la Iglesia. Pues había que conservar en la verdad los hombres a quienes redimiera la verdad; y por cierto no durarían los salutíferos frutos de la celestial doctrina del Salvador, si no hubiese sido creado ese Magisterio perenne». A la Iglesia compete por consiguiente, según el Pontífice, la pastoral vigilancia porque no sean los hombres seducidos por el error y en especial por una falsa filosofía; puesto que de la filosofía reciben su orientación las demás ciencias. Es verdad que la religión cristiana difundió por el mundo entero la luz de su fe no en fuerza de una sabiduría humana, sino por la manifestación de su espíritu y virtud divina; y en las actuales circunstancias también de lo alto hemos de esperar principalmente el éxito de esta restauración; pero a su vez es cierto que no en vano encendió Dios en la mente de los mortales la lumbre de la razón; y tan lejos está la fe de poner trabas a la inteligencia más poderosa, que antes por el contrario la robustece y le descubre lo que ella sola no alcanzara. Sigue en confir-

mación de ello una deliciosa semejanza vista por el Pontífice entre los Padres de la Iglesia que no se desdijeron de echar mano de cuanto verdadero y bueno habían dicho los filósofos paganos guiados por la sola luz de la razón, y los israelitas que al salir de su cautiverio cargan consigo los vasos de oro y plata de los egipcios y las vestiduras preciosas, para que lo que hasta entonces se había usado en ritos ignominiosos, en adelante se dedicase al servicio del verdadero Dios. Y allí salen a relucir los méritos de los Santos Padres, Apologistas y Doctores de la Iglesia; entretanto que llega la encíclica a su punto culminante cuando tiene lugar en los Doctores Escolásticos de la Edad Media aquella como primavera de la filosofía cristiana; en cuya alabanza el venerable Pontífice, como deleitándose, se extiende, y con graves pensamientos pondera una y otra vez la prodigiosa fecundidad de aquellos hombres.

Ahora bien, el príncipe y maestro de esos Doctores Escolásticos es, según León XIII, Sto. Tomás de Aquino, «a quien, dice, recordando la frase del Cardenal Cayetano, por haber venerado profundamente a los antiguos Doctores, parece como que le cupo en suerte poseer el entendimiento de todos ellos»; y a tanto se extienden aquí las alabanzas del Pontífice que llega a exclamar que «después del feliz consorcio con que se unieron en el Doctor Angélico la razón y la fe, ni la razón apenas puede levantarse más alto de lo que alcanzó elevada en alas de Santo Tomás, ni la fe puede ya casi esperar cooperación como la que recibió del Doctor de Aquino». Recuerda como las Ordenes Religiosas, las Universidades, los Papas, los Concilios, han recomendado la doctrina de Santo Tomás; y como no menos honra la alabanza de los buenos que el rencor de los malos, para resumir el odio de los herejes contra la sabiduría de Tomás, evoca la vana esperanza, pero no vano testimonio de aquel que se prometió acabar con la Iglesia, si se quitaba de en medio de ella a Santo Tomás de Aquino. Se duele entonces amargamente de que en esos últimos tiempos, dejada a un lado aquella *filosofía perenne*, muchos apologistas cristianos no tanto hubiesen querido con los nuevos descubrimientos perfeccionar lo antiguo, cuando excogitar teorías peregrinas que si con tan poca fortuna detienen el ímpetu de los enemigos de la Religión, ello se debe a que entrañen en su mismo endeble fundamento la causa de su inconsistencia. Vuélvase a tratar las cuestiones filosóficas y teológicas con aquella seriedad con que se trataron un tiempo por los Doctores Escolásticos, para que no caiga en tierra esa filosofía que fué llamada *propugnáculo invicto de la fe*. Y enumerando los

amorosos designios que abriga sobre esa restauración de la doctrina de Santo Tomás, termina la encíclica exhortando a todos que para defensa de la fe católica, bien de la sociedad, y fomento de las demás ciencias la restituyan a su primer honor y la propaguen por doquiera.

León XIII había tocado la llaga más profunda de la humanidad enferma, y la humanidad volvió al Pontífice sus ojos como a su Salvador supremo. El Papa, que era consciente de su sabio plan, ilusionado, por decirlo así, con esa idea grandiosa *sobre la restauración de la filosofía cristiana en las escuelas católicas según la mente de Santo Tomás de Aquino*, a los dos meses no más de la célebre encíclica, el 15 de octubre de 1879, comunicaba su pensamiento en Letras Apostólicas con el Prefecto del Sacro Colegio, Emmo. Cardenal de Luca, de que se fundase en Roma una *Academia de Santo Tomás de Aquino*, donde a la explanación de las doctrinas del Santo Doctor y a su cotejo con la de los filósofos antiguos y modernos innovadores se siguiese el florecimiento y propagación de las ideas sanas y la refutación de todos los errores. Y para alentar los ánimos, echaba ya en ese documento la semilla de lo que definitivamente haría cuando en *Motu Proprio* del 18 de enero del mismo año nombraría una comisión de tres Cardenales para la revisión y reimpresión de todas las obras de Santo Tomás con los comentarios de sus más célebres expositores. El Papa del Escolasticismo recordaría sin duda con satisfacción los frutos recogidos cuando Arzobispo de Perugia fundara en su Seminario la Academia de Santo Tomás de Aquino, después de haber dirigido los estudios de ese establecimiento por el cauce ancho y seguro de la Escolástica. El triunfo volvió otra vez a sonreír al que era ahora Jerarca Supremo de la Iglesia. Y el que Arzobispo y Cardenal, en representación del unánime anhelo de todos los Prelados de la Umbría, había solicitado de Pío IX se declarase a Santo Tomás Patrono de los centros de enseñanza; alargando ya la mano a las primeras espigas de la mies que amarilleaba, publicaba el día 4 de agosto del año 1880 el suspirado Breve *Cum hoc sit*, instituyendo con toda su autoridad suprema a Santo Tomás de Aquino Celestial Patrono de las Escuelas Católicas.

«Recibidas nuestras Encíclicas sobre la restauración de la filosofía cristiana en las escuelas católicas según la mente de Santo Tomás de Aquino—decía el venerable Pontífice—los Obispos, las Academias, las Universidades, y, en general, todos cuantos se precian de cultivadores de la ciencia, respondieron de consuno a nuestro llamado,

y queriendo secundar nuestros designios han prometido seguir a Santo Tomás en los estudios de las disciplinas superiores filosóficas y teológicas; pues ellos como Nos han vislumbrado allí cierta eximia claridad y virtud singularmente adecuada para curar los males que gravan la sociedad moderna. Atendido lo cual, Nos que de tiempo atrás tan vivamente hemos deseado florezcan las Universidades en las doctrinas del más egregio Maestro, accediendo ya a las mencionadas peticiones, queremos acrecentar con un nuevo título de gloria el resplandor inmortal de Santo Tomás de Aquino.»

La causa que principalmente movía a ello al Pontífice, era que, sobrepasando Santo Tomás por su sabiduría todos los ingenios, debía ser el ejemplar hacia donde volviesen sus miradas todos los sabios católicos; para que con la afición al Doctor de Aquino y a su angélica doctrina volviesen los tiempos áureos en que la Iglesia dominaba en las inteligencias de los pueblos con la pluma de sus filósofos. «La doctrina de Tomás, decía León XIII, es tanta que como mar inmenso recoge en sí todas las corrientes de los que le precedieron. Cuanto bueno y verdadero disertaron o disputaron los filósofos antiguos, los Padres y Doctores de la Iglesia, no sólo lo conoció Santo Tomás, sino que lo aumentó, y aumentándolo lo perfeccionó, y perfeccionándolo con tan lúcido orden lo repartió y con tal arte y razón y tan escogida propiedad de palabras lo expresó, que no parece sino que nadie podrá ya superarle y sí sólo a lo sumo imitarle.»

Es que León XIII había hecho de Santo Tomás y de la restauración de su doctrina la fuerza directriz de todas sus actividades pontificias. Y así al año siguiente de fundada en Roma la Academia de Santo Tomás, se creaba en Lovaina por encargo del mismo Papa una cátedra de Filosofía escolástica que regentaría el hoy Primado de Bélgica Emmo. Cardenal Desiderio Mercier; y después todo un *Instituto Superior de Filosofía escolástica*, cuya fundación facilitaba el mismo León XIII con un donativo de 150.000 francos.

El Papa de la Luz había esclarecido con el sol hirviente de claridades de la Escolástica el mundo entero; y queriendo que en esta lucha contra el poder de las tinieblas, saliese a la arena antes que nadie la Compañía de Jesús, «a quien Nos, decía el Romano Pontífice, tanto apreciamos por el esfuerzo que hace en defender y propagar la verdadera doctrina»; dirigía al Rev. Padre General Luis Martín, *Litterae, quibus Constitutiones Societatis Jesu de doctrina Sancti Thomae Aquinatis profitenda, confirmantur*; y años después con semejante anhelo a la Orden Seráfica de los Hermanos Menores mani-

festaba en Letras Apostólicas su ardiente deseo de que los filósofos y teólogos franciscanos siguiesen la vía trazada por el Ángel de las Escuelas.

«Si la sangre de los mártires, como se dijo en la antigüedad, fué semilla de cristianos»; los sudores del Pontífice que hacía frente a la revolución en las ideas, han sido simiente de gloriosa generación escolástica.

La Academia Filosófico-médica de Santo Tomás organizada en Bolognia por el jesuíta Padre Cornoldi, la Sociedad Científica de Bruselas inaugurada por iniciativa del jesuíta Carbonelle, y la Sociedad de Goerres creada por los católicos alemanes, han contribuído con sus publicaciones a dar a la neoescolástica un carácter científico; mientras en Lovaina el Emmo. Cardenal Mercier ha fundido desde la cátedra con las recientes obtenciones de los laboratorios el espíritu del escolasticismo medioeval.

Brillante corona de filósofos y teólogos neoescolásticos enorgullecen los últimos años del siglo XIX y los transcurridos hasta nuestros días del XX. Esos nombres gloriosos son de todos conocidos.

Allá surgen en el horizonte de la bella Italia las primeras llamadas de ese que había de ser espléndido alborear de la Escolástica. Ahí está Palmieri que, aunque paga tributo a ese esfuerzo iniciativo, con todo levanta muy alto la bandera de la filosofía y teología católicas con el nervio indisputable de su raciocinio y fuerza de persuasión; el dominico Padre Zigliara que explica en la Minerva y prepara sus obras filosóficas; el jesuíta Cornoldi en la Gregoriana, Lorenzelli en la Propaganda; Monaco, Schiffini, Salis, Talamo... y cuántos otros ingenios italianos.

En Alemania el Padre Tilmann Pesch coopera como el que más a la monumental *Philosophia Lacencis*, obra que con justicia ha sido tan bien recibida por lo completa y erudita; el Padre Cathrein con su *Philosophia moralis* se hace universalmente recomendable; y el Pbro. doctor Grabmann en tal manera se entusiasma con la filosofía medioeval que publica extensamente la vida y obras de Santo Tomás, su genio, la fuente de sus tratados, la apoteosis del Santo después de su muerte, y comenta las doctrinas esenciales del Maestro de Aquino.

El dominico Lepidi en Bélgica y los jesuítas Van Der Aa, Lahousse y Backer y a la cabeza de todos el anteriormente citado ilustre Purpurado Desiderio Mercier, se han esforzado por poner al servicio de la Escolástica las ciencias experimentales.

En Francia han salido por los fueros de la filosofía católica los

Padres Jeanière y Geny en Criteriología, Delmas y Regnon en Metafísica, y Vaissière en Psicología, al propio tiempo que Farges ha desarrollado de una manera completa los puntos más profundos y capitales de la Escolástica; y entre tanto que en Roma el gloriosamente encanecido en la virtud y en la ciencia, Emmo. Cardenal jesuíta Billot, se ha conquistado la admiración y el respeto de todos los sabios del mundo.

También ha habido en Inglaterra representantes de ese resurgimiento del Escolasticismo, tales como el conocido jesuíta Padre Tomás Harper que publicó *Metaphisic of the Schools*, dicha «la mejor obra producida por la neoescolástica hasta su tiempo»; los Padres Clarcke, Rickaby, Maher y Bödder, que dieron respectivamente a luz la Lógica, Metafísica, Psicología y Teodicea de la *Stonyhurst Philosophical series*.

Y en España, donde tuviera lugar aquella la más gloriosa epopeya escolástica que conocen los tiempos en el siglo XVI, los solos nombres del Cardenal dominicano Zeferino González, ingenio de tan sólida formación filosófica y que tanta fama ha alcanzado entre los extranjeros; y del jesuíta Padre Urráburu, hombre que verdaderamente pasma por la amplitud universal de sus conocimientos tanto en los autores antiguos y medioevales como en las teorías de los filósofos modernos, y en quien la ignorancia, velada con el palio de la oscuridad, quiso aparentar profundidad de pensamiento; esos solos hombres, aparte los de Comellas, Mendive, Ginebra, Arnáiz... sobran para honrar a esa nación que en la Metafísica más que ninguna mostró la agudeza y profundidad de sus hijos.

Ni ha sido en estos últimos años la Escolástica patrimonio exclusivo de las Ordenes Religiosas y de eminentes sacerdotes y Purpurados, sino que pasando los linderos de los Seminarios e Institutos Religiosos, ha comenzado a cautivar las inteligencias de insignes catedráticos laicos y pensadores notables.

Porque parece llega la hora en que los hombres, no pudiendo por una parte acallar ese grito que resuena en su interior sin cejar un momento por el *porqué* de las cosas, en tal manera que hiciesen exclamar al filósofo que los hombres son por fuerza de la misma naturaleza aguijoneados a inquirir la verdad; y por otra parte desilusionados de las gratuitas afirmaciones de sistemas que si no escépticos en la forma, lo son al menos en su fondo y consecuencias, poniendo así, como decía el orador español, una pregunta a todas las cosas sin responder a ninguna; parece, digo, se acerca la hora en

que todos esos hombres van a mendigar un rayo de luz de la Escolástica.

En Francia, donde tanto han privado las teorías positivistas y materialistas, el agregado a la Universidad y Profesor del Instituto Católico de París, doctor Santiago Maritain, va publicando con aplauso universal los diversos tratados de sus *Elementos de Filosofía*, en los que en tal manera ha patentizado haberse impuesto valientemente en la ciencia de los peripatéticos que se haya dicho que «la filosofía de Maritain ha encontrado su última forma en Santo Tomás». La preocupación capital de Maritain ha sido que existiendo como existe en la Escolástica una filosofía que así aventaja a todas las demás en la coordinación y desarrollo de sus principios, por qué no ha de ser expuesta ante la juventud estudiosa de las Universidades laicas. Pueda que para más de un joven estudiante se abran horizontes desconocidos.

La Vuelta a la Escolástica de Gonzague Truc, que tan encomiada ha sido por todos, es también un bello testimonio de lo que vamos diciendo. Gonzague Truc no es creyente: él nos dice que su escuela han sido durante más de veinte años los pensamientos de Taine, la psicofisiología, los libros de Ribot. «Yo he sido impregnado y como embriagado (son sus palabras) por un largo comercio con los divinos griegos; he penetrado a Descartes, y conocido el celo intempestivo de la Enciclopedia; he admirado en su desorden, en su error inicial y en su profundidad la filosofía alemana. Y a la postre de estos deliciosos trabajos, al final de tantos estudios, en el umbral de la edad madura, la Escolástica me ha parecido por su medida, por su exactitud, por su variedad, por la armonía prodigiosa de su mecanismo interno, por la interpretación que hace de los valores del ser, el coronamiento de mi carrera intelectual».

Debido a los desvelos de León XIII, según Truc, la Escolástica ha ocupado el primer puesto en los estudios de las disciplinas superiores eclesiásticas; pero he aquí que la creación de una cátedra de teología dogmática para los laicos y las subvenciones más generosas al admirable Instituto Católico de París, pondrían al público en contacto con una filosofía que descuidara para su ruina intelectual.

En España el célebre polemista Manuel Orti y Lara desde su cátedra de la Central atacó con entusiasmo de palabra y en eruditas publicaciones la filosofía de Krause y el racionalismo y positivismo.

Profesor de la Universidad de Valencia, el Dr. Rodríguez de Cepeda, procuró por semejante modo el florecimiento de la filosofía

de Santo Tomás; y con nervio incomparable propio de su raza ha refutado las modernas teorías el insigne católico aragonés Mendizábal.

Actualmente la Universidad no católica de Londres ha llamado por segunda vez como conferencista al dominico P. Vicente Mac Nabb; quien en veinticinco nuevas conferencias disertará sobre la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino. Al final del curso los estudiantes serán sometidos a un examen cuyo programa prepararán los mismos Padres Dominicos; teniendo así lugar el espectáculo curioso de una Universidad acatólica dando a sus alumnos diplomas de pura filosofía escolástica.

Y en nuestra misma patria están en plena vida los Cursos de Cultura Católica, donde a la formación deficiente y muchas veces deletérea que reciben los jóvenes en las Universidades del Estado se procura suplir con el conocimiento más que somero de los problemas religiosos y con la exposición y desarrollo de los principios escolásticos, los cuales ha venido a afianzar, con sus notables conferencias sobre la doctrina de Santo Tomás, el sabio dominico R. P. Marie Stanislas Gillet.

Ello, pues, es cierto que podemos levantar nuestras manos en manifestación de triunfo por esa regeneración escolástica que está surgiendo en las naciones más intelectuales del mundo; y si no hemos llegado a aquellos tiempos en que la cátedra de Prima se alzaba a la par del Trono, fuerza es decirlo que la Escolástica en nuestros días puede enorgullecerse de su robustez y consistencia ante los descubrimientos más peregrinos de las ciencias modernas.

Y ese lauro con que ha aparecido orlado el Escolasticismo ante el mundo científico y filosófico, nosotros sabemos muy bien a quién se debe como a fautor principal: León XIII, el Pontífice de la Luz, sollozó un día ante su tumba y lo llamó a la vida: El será llamado el *Papa del Escolasticismo*.

B. JASPE.